

SOBRE LOS ORÍGENES DEL EREMITISMO EN LA NUEVA ESPAÑA

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

1. *Introducción*

Los religiosos que aportaron el cristianismo a las tierras de Anahuac, fueron hombres de enorme fuerza espiritual, sabios y santos. Ello les llevó a realizar una notable empresa de transformación religiosa, ideológica y social que hoy nos asombra por su magnitud y grandeza.

Para cumplir su misión de esparcir el Evangelio, tuvieron que aprender extraños y difíciles idiomas, caminar entre selvas y montañas, por tierras ardientes y gélidas mesetas, atravesando ríos e inhóspitos desiertos. Para ellos no hubo obstáculo alguno, ni reposo prolongado. Su vida entera fue acción apostólica, salvación de las almas y defensa del inmenso rebaño indiano que se les confió. Los más activos e inteligentes métodos que pudieron imaginar, hasta hoy no superados, para crear una nueva iglesia en la que la semilla evangélica fructificara, fueron creados por ellos. Formación del pueblo de Dios y defensa del mismo contra los desmanes de numerosos conquistadores, fue su actividad diaria, y esas dos finalidades, que constituyeron la base de su inmensa labor, estaban apoyadas en su honda religiosidad, en la enorme fuerza espiritual que latía en cada uno de ellos. «Ora et labora», oración y trabajo constituyeron el sustento de su vida. Su intensa fe en Cristo alentó de continuo su acción, les sostuvo sin desmayo.

Inmenso amor a Dios y a su prójimo les permitió a más de trabajar incansablemente, soportar privaciones y dolores, enfrentarse a los poderosos para defender a los humildes, enseñarlos, curarlos, transmitirles la fe y la confianza en Dios y a la vez perfeccio-

nar en ellos la humildad, la caridad, el ansia de identificarse con su creador a través de la oración, el recogimiento, el abandono de los bienes materiales. Enseñaron a los nuevos cristianos a acercarse por la oración, la meditación y el rechazo de las cosas perecederas al Creador. Les mostraron la forma de vivir, de encontrar la perfección a través del desarrollo de la vida espiritual.

Muchos de estos religiosos, acrecentada su fe en el esfuerzo realizado, dieron muestras de aspirar como forma de perfección total a una vida de aislamiento pleno, mas como la urgencia evangelizadora fuese de tal fuerza, hubieron de conformarse con momentos de soledad y de oración que reforzaban su espíritu y les permitían continuar su interminable labor. De algunos casos de vida eremítica de señeras personalidades y de diversos grupos, entre ellos unos de indios anhelantes de alta perfección cristiana, vamos a ocuparnos.

Los franciscanos, surgidos de rígida reforma en la Península, de un enorme deseo de perfección y de intenso anhelo por renovar la Iglesia y crear un pueblo de Dios auténtico, libre de toda corrupción, aportan a México, no sólo las ideas más puras de reforma, sino también las formas más perfectas de vida espiritual, de ascetismo, de fomento de las virtudes, de amor al prójimo y de entrega absoluta al Creador. De ese grupo surgirán luminosas figuras, casos notables de deseos individuales y colectivos de renunciamiento a lo terreno y de perfección espiritual y se darán casos extraordinarios poco conocidos de vida eremítica. La gran obra social y religiosa a que se enfrentaron exigía acción intensa, entrega total, vida dinámica, de ahí que no fuera posible distraer las pocas energías existentes en el perfeccionamiento individual; era menester transformar un inmenso pueblo y a esa labor se entregaron lúcida y totalmente.

Poco tiempo después de haber iniciado su extraordinaria labor, el natural cansancio, las barreras que les impuso la política secularizadora de la Corona, los enormes intereses políticos y económicos de los conquistadores, adueñados de la situación, las trabas administrativas de la burocracia que buscaba su propia estabilidad, su vida cómoda y que desechaba las justas reclamaciones de indios y religiosos, provocó una cierta desgana, una decepción de parte de los dirigentes de la Iglesia mexicana y el deseo de abandonar

esta tierra contaminada por la concupiscencia y atracciones mundanas y partir hacia oriente, en busca de pueblos mejor dotados, alejados de los defectos y vicios que los conquistadores aportaban.

Las epidemias, la pavorosa destrucción de los indios que pintan en dos momentos dramáticos Las Casas y Motolinía, esto es, el instante de la conquista cruenta, violenta, destructora, y el de la dolorosa dominación tolerada por el Estado, provocaron en los religiosos severa reflexión y les obligaron a perseverar. Era necesario mantenerse en la obra evangelizadora, no abandonarla, y a proseguirla se entregaron con enorme fe. Aun tuvieron que enfrentarse con el recelo y la estupidez administrativa que les impidió llevar adelante su inmensa obra cultural, como la que se iniciaba con el Colegio de Tlatelolco y también las torpes ideas en la que reflejos de racismo y temor de riesgosas experiencias, impidieron la creación de una iglesia netamente americana.

En medio de todo ello, surgieron figuras excepcionales, que trataron de conciliar la vida activa de creación, de auxilio al prójimo, de convivencia ejemplar, con una intensa vida espiritual, con un misticismo que les llevaba a alejarse de los demás para hacer una vida cuyo fin último era acercarse al Creador, gozar las delicias de un amor que superara el arraigo a la vida terrena. Vamos enseguida a ocuparnos de algunas de ellas.

2. *Fray Martín de Valencia, primer eremita*

Si los «lirios de Flandes» aportaron a nuestra patria el perfume de las virtudes cristianas, la llegada de los doce franciscanos encabezados por Fray Martín de Valencia reveló la fuerza espiritual y civilizadora de la luz evangélica, su acción transformadora y la forma más limpia e inmensa de amor a Dios y al prójimo.

Fray Martín, nació en Valencia de don Juan, pequeño lugarejo situado entre León y Benavente en el año de 1474 (?). «Siempre fué muy apartado de conversación y plática con seglares, amigo de soledad y recogimiento..., de continua oración y meditación, y dado a la penitencia y mortificaciones... aunque su carácter era naturalmente brioso y de complexión colérica y no hombre manso ni tierno», según lo describen sus biógrafos.

Habiendo tomado el hábito en el convento de Mayorga, provincia de Santiago, aficionóse a la vida retirada, inspirado en la que llevaba su maestro Fr. Juan de Guadalupe, fundando un pequeño convento en Belvis que puso bajo la advocación de Santa María, y en el cual moró varios años con otro santo religioso. Ese convento con otros más pasaría a formar parte de la Provincia de San Gabriel en 1516. Por algún tiempo deseó entrar a la Cartuja, atraído por la vida rigurosa de sus frailes, más su vida estaba destinada para aportar a las Indias ejemplo de dirección.

Fray Francisco de los Angeles, Ministro general, le escogería con otros once compañeros para pasar a Nueva España a donde llegó en 1524. «Con los españoles que a la sazón gobernaban la tierra, al ausentarse Cortés y después al crearse la Primera Audiencia, pasó el varón de Dios innumerables trabajos e increíbles aflicciones de espíritu, sobre defender la inmunidad de la Iglesia, a cuyos mandamientos ellos no obedecían, no hacían caso de excomuniones ni otras censuras, y también por irles a la mano el varón apostólico en los agravios y vejaciones que hacían a los indios, y malos ejemplos que les daban en notable perjuicio de la fé de Cristo que se les comenzaba a predicar». Fray Juan de Zumárraga al ser nombrado primer obispo de México, encontró en sus hermanos de religión el apoyo y auxilio que necesitaba para organizar la iglesia mexicana, y junto con ellos se opuso a los desmanes de Matienzo, Delgadillo y Nuño de Guzmán. Con celo incomparable, los frailes menores penetraron en la Nueva España y en el alma de los indios asustados por el terror que esparcían los conquistadores y la destrucción de su mundo material y espiritual. Atraídos por la mansedumbre, y el amor que todos los frailes les mostraban, los naturales se congregaron en torno a ellos, alrededor de sus monasterios y colegios. Fray Martín, llegado a México cuando pasaba de los cincuenta años, fue el alma de la transformación. Apoyado y apoyando la acción de Zumárraga y Betanzos, puso las bases de un cambio total en la vida y en el pensamiento de los naturales. Su acción se mostró en la creación de la Provincia del Santo Evangelio, en la edificación de numerosos conventos como los de Tezcoco, Tlaxcala, Huexotzingo, Tlalmanalco, y colegios como el de San José de los Naturales, promovido por Fray Pedro de Gante.

Tanto en el convento mayor de México como en los de Tlalmanalco y Tlaxcala dirigía con prudente inteligencia la vida religiosa del pueblo que se le había confiado, y aun cuando tenía que ocuparse de resolver serios problemas de la Iglesia, del pueblo en vías de conversión y de la vida interior de sus compañeros de religión, dábase tiempo para «enseñar a leer a los niños desde el a, b, c, hasta leer romance y latín, la doctrina cristiana, haciéndoles por medio de intérpretes muchas pláticas saludables conforme al talento de su edad, considerando que aquellos habían de ser maestros de sus padres y de todos los demás en las cosas de la fé, como lo fueron. Habiéndoles dado lección, poníanse a orar en parte donde lo viesen y él a ellos; lo uno porque no dejasen de leer y estudiar, y lo otro por darles ejemplo de llegarse a Dios con la oración... Con esta doctrina sacó de ellos muchos discípulos y buenos, que después se dieron a la vida espiritual conforme a su capacidad y sirvieron de ayuda en la predicación a los religiosos.»

Falleció en la fiesta de San Gabriel en 1534 cuando se le conducía gravemente enfermo de Tlalmanalco a México. En la rivera del sur del lago de Chalco, muy cerca de la sierra que tanto había recorrido y amado, al lado de pueblos poseedores de grandes tradiciones culturales y religiosas entregó su alma, habiendo sido llevado a sepultar a Tlalmanalco, en donde se conserva, tal vez escondido por la piedad de los indios, su cuerpo.

Muy cerca de Tlalmanalco, en la colina que se yergue al poniente de Amecameca, en el Sacromonte, tuvo fray Martín su lugar preferido de retiro. Su deseo de vivir alejado de las pompas del mundo, que desde muy pequeño mostró, encontró en la cima del Sacromonte su posibilidad de realización. En medio de pinos centenarios, en una gruta que habilitó como eremitorio y en la cual oraba y se mortificaba, pasó muchos días de su vida. Llegaba a ella acompañado de alguno de sus compañeros, principalmente de Fray Antonio Ortíz, y entrando en ella, con la vista puesta en el Oriente, más arriba de los volcanes que ahí se encuentran, oraba incansablemente, se disciplinaba y se cuenta que entraba en éxtasis con frecuencia. Nada ni nadie turbaba la quietud del sitio, alejado de todos los humanos, sólo el ansia de encontrarse con su Creador lo sostenía. En Él ponía toda su confianza y a la manera del santo Fundador entregábase a la contemplación divina.

Gran fundador de la iglesia mexicana, apóstol admirable, hombre de acción enérgica, el ideal absoluto de Fray Martín fue el de vivir alejado, en el retiro total de las cosas del mundo. No es por ello de extrañar que posteriormente muchos de sus discípulos hayan aspirado a caminos de perfección a través de una más estricta observancia, y de la vida en total alejamiento de las cosas terrenales.

3. *Fray Domingo de Betanzos*

Si los frailes menores tuvieron en Fray Martín de Valencia su pastor y maestro en la labor apostólica, un caso especial de alta espiritualidad y de un ser amante del retiro en el cual, frente a frente con Dios, se trata de alcanzar la perfección, la Orden de Predicadores tuvo en Fray Domingo de Betanzos, no sólo al fundador de los dominicos en Nueva España, sino también a un religioso que prefería el retiro y la contemplación a la frecuentación de la sociedad.

Domingo de Betanzos nació en León, en Castilla, en 1480. Atraído por el estudio, fue a Salamanca en donde cursó ambos derechos. Profundo deseo de perfección le movió al concluir sus estudios, para consagrarse al perfeccionamiento espiritual a través de una entrega personal y total. Buscó en Italia, en la isla de Ponza un refugio donde establecerse y en el cual pensaba podían seguirlo algunos de sus compañeros animados por el mismo propósito. A su regreso a Salamanca halló que sus amigos habían ingresado en el Convento de San Esteban, en donde decidió tomar el hábito. En 1514, cuando contaba con 34 años, atraído por el deseo misional, partió a La Española en donde estuvo consagrado doce años al cuidado de los naturales. En 1526 sumóse al grupo de frailes de Santo Domingo que traía Fray Tomás Ortiz, y él con otros dos supervivientes de ese malhadado grupo llegó a México, convirtiéndose así en el fundador de su Orden en Nueva España.

Al cargo accidental que recibió, respondió con valor y fe, llamando a nuevos miembros, realizando extraordinaria labor, pues extendió su orden hasta Guatemala y logró en Roma la erección de la provincia de Santiago de México, en 1532. Ofreciósele la Mi-

tra de Guatemala, que no aceptó, y a su vuelta de España fue nombrado Provincial. Impulsó la erección de numerosos conventos que se extendieron hacia el Sur y en donde la labor de defensa de los indios corrió pareja con intensa labor cultural. Su preparación y carácter, la importancia que su comunidad adquirió, sus prudentes y sabios consejos y espiritualidad le ligaron muy estrechamente con Fray Juan de Zumárraga y con Fray Martín de Valencia.

La lucha que esos tres grandes espíritus realizaron para crear en Nueva España, como también lo deseó Las Casas y Vasco de Quiroga, una iglesia nueva, una «cristiandad a las derechas», un pueblo cristiano en el que reinaran la justicia, el amor de Dios y del prójimo, la primacía del derecho, fue tan intensa y tan agotadora, que estos tres hombres, desesperados a pesar de su inmensa fe por la situación reinante, por los abusos de los conquistadores, por la corrupción de las autoridades, por el aniquilamiento que los indios sufrían, en el momento de honda crisis espiritual decidieron abandonar la Nueva España y partir hacia China, en donde esperaban evangelizar a sus multitudes, alejados de la presencia de las armas, del odio hacia los nativos y de la avaricia que los conquistadores españoles tenían. Afortunadamente su intención se frustró y ellos pudieron continuar en México su inmensa labor. En el año de 1548 volvió a España como Procurador y en Valladolid falleció en 1549.

Aun cuando el convento de México alcanzaba notable esplendor y las continuas consultas que se le dirigían a Fray Domingo lo ataban en la ciudad, él había encontrado en el pequeño pueblo de Tepetlaoxtoc, en el mínimo convento que ahí erigió, un lugar de retiro y meditación. En la huerta, construyó un estrecho eremitorio, en el que tenía un pequeño altar y sencilla estera. A él se retiraba consagrándose a la oración y a la penitencia, alejado de todas las inquietudes que afectaban a la Nueva España. Hasta ahí iban en busca de consejo el arzobispo de México, religiosos y civiles, pues el significaba al vocero enérgico del derecho defendido en Salamanca. Sin embargo, su anhelo de anacoreta se complacía en la pequeña ermita de Tepetlaoxtoc, desde la cual entraba en contacto espiritual con su amigo Fray Martín, quien también desde su cueva de Amecameca, en igual reitamiento, encomendaba el porvenir novohispano a los designios divinos. Betanzos significa un alma de eremita sacado de su reclusión y puesto al frente de

amplia sociedad de la que quisieron huir y a la cual tenían que vigilar estrechamente. Así se tuercen los deseos de los hombres.

4. *Gregorio López*

Uno de los personajes más salientes en la Nueva España del siglo XVI fue Gregorio López. Calificado por unos como varón santo, como hombre celestial, lo fue por otros como embaucador, hipócrita y peligroso para la fe. El suyo es un caso muy importante de espiritualidad, de vida entregada al recogimiento y al amor al prójimo. Su vida azarosa, llena de aventuras, de huídas de la mundana sociedad, de alejamiento de las comodidades de la corte para coexistir al lado de los indios rústicos y miserables, representa una aventura espiritual no sólo física, sino también un caso admirable de fervor religioso y de dación a los humildes, a los desheredados.

De honrada y linajuda familia, nació en Madrid el año de 1542, habiendo recibido rígida formación durante sus primeros años. Desde niño reveló su personalidad firme, bien definida, pues a los ocho años huyó de su casa y marchó a Navarra en cuyas montañas vivió durante seis años al lado de rústicos pastores y campesinos, acotumbrándose a la frugalidad, a la fatiga y a la carencia de lo más estricto. Habiendo logrado su familia que volviera a su seno, el padre le hizo conducir a la corte de Felipe II en Valladolid, en donde sirvió como paje del monarca durante seis años. Fue así de la rusticidad al esplendor de una corte, que, aunque sobria, como fue todo cuanto tocó a ese monarca, le abrió los ojos y la sensibilidad a las galas del mundo y sus disfrutes. Seis años permaneció entre cortesanos, habiendo convivido con sabios, hombres prudentes, teólogos y religiosos de cuya amistad logró gran provecho, asistiendo además a las ricas bibliotecas del rey y de los religiosos. En plena juventud, a los veinte años, gran fervor religioso le llevó a peregrinar por los más venerados santuarios de España. En Guadalupe, en contacto con viejos conquistadores extremeños y familiarizado con los enfermeros del monasterio, de los cuales aprendió rudimentos médicos, tomó la decisión de venir a Nueva España, a donde llegó en 1562, habiendo encontrado acomodo con los escribanos y notarios del gobierno, Román y Tur-

cios. La vida de escribiente no le cuadró, y atraído por las noticias que del septentrión llegaban, el cual estaba poblado de indios bravos e indómitos, que rodeaban riquísimas minas como las de Zacatecas, pasó a vivir entre ellos en el valle de Amajac o Atemajac en donde construyó una pequeña ermita en la cual vivió durante siete años alimentándose de hierbas y frutos silvestres. Consagróse a la meditación y a la lectura de los libros sagrados, de los que fue buen conocedor. Su extraña vida y el hecho de que no portara rosarios ni imágenes despertó sospechas entre los poquísimos pobladores españoles de esa región. Fray Domingo Salazar quien misionaba la región le convenció de ir a México e ingresar en el convento de Santo Domingo, a lo que accedió. Poco tiempo pasó en el Real Convento de Santo Domingo, pues ni sus reglas, ni la vida comunal ni su forma de practicar la religión le atrajeron y por ello marchó hacia la Huasteca, a donde había misionado Fray Andrés de Olmos, y, al igual que él, vivió como un anacoreta durante cuatro años. Las sospechas que su vida despertó en esa región le forzaron a pasar a Atlixco en donde estuvo corto tiempo, pues de ahí partió al Santuario de los Remedios vecino a México. Habiendo enfermado, para restablecerse, marchó al Hospital de Santa Cruz de Huaxtepec, fundado por Bernardino Álvarez, otro ser extraordinario. Su estancia ahí produjo en Gregorio López notable transformación. En él, á más de aumentar sus conocimientos de medicina al contacto con doctores españoles y los indios expertos, volcó su ideal de perfección personal en un gran amor al prójimo, consagrándose a la atención y cuidado de los enfermos que asistían al hospital, consolando a los afligidos y socorriendo a los pobres. Ahí también estudia, lee, escribe y se da a conocer por su prudente consejo, por su inteligencia en los negocios del Estado y del alma. En la quietud de su celda escribe la *Exposición y tratado del libro canónico del Apocalipsis*, en el que revela sus conocimientos escriturarios y hace una interpretación muy original del libro. También redacta, aprovechando su experiencia en el cuidado de los enfermos, su *Tesoro de Medicina para todas enfermedades*, libros impresos muchos años después de su muerte.

Grave enfermedad le obligó a trasladarse a San Agustín de las Cuevas, Tlalpan y de ahí, por consejo de su amigo y seguidor el P. Francisco Loza, al Hospital de Santa Fe en Caujimalpa, fundado por Vasco de Quiroga. En él, en pequeño eremitorio en la

cañada, ora, escribe y da consejos tanto a hombres sospechosos, como Luis de Carvajal el Mozo, como al Virrey Luis de Velasco y a otros personajes. Cerca de la capital, su acción pudo ser vigilada por las autoridades eclesiásticas y no encontrando culpa alguna en él, ni el menor rastro de herejía, aun cuando se mencionaba tenía origen judío, vivió sus últimos años entregado a la meditación y a la oración, fuera de toda vida comunal y sin más compañía que la del Padre Loza, quien fue el primero en delinear su biografía llamándole «siervo de Dios».

El suyo fue un caso de anacoretismo truncado varias veces por la desconfianza de las autoridades religiosas y las civiles. Sus treinta y tres años de anacoreta revelan el deseo de llevar una existencia alejada de toda comunicación con los demás, de perfeccionamiento individual logrado a través de la oración, de la meditación y de la privación de todas las apetencias humanas. Al morir en 1596 enterrósele en el convento del Carmen y en 1702 trasladaron sus restos a Catedral, cuando la causa de su beatificación se iniciaba, sin terminar nunca.

Vistos estos casos individuales, tres entre muchos que encontramos en las crónicas y menologios referentes a las Órdenes religiosas, fuentes de enorme riqueza para conocer la ideología y la espiritualidad novohispana, tan escasamente trabajada, ocupémonos rápidamente de consignar algunos casos colectivos de espiritualidad cristiana ocurridos en el siglo XVI.

5. *Los ermitaños del Valle de Puebla*

Asiento de viejas culturas, el valle de Puebla fue un centro de honda vida religiosa. Cholula fue uno de los sitios religiosos más importantes de Mesoamérica. Lugar de cruce de caminos, de confluencia de grandes y antiguas culturas precolombinas, su inmensa pirámide y la multitud de montículos en los que hoy se yerguen más de doscientas iglesias, revelan la importancia que esa localidad tuvo como centro religioso. En la matanza ordenada por Cortés por temor de una acechanza y deseo de mostrar la fuerza de sus armas y la de sus aliados tlaxcaltecas, pereció la clase sacerdotal más importante. La religiosidad de sus pobladores no se per-

dió y la obra evangelizadora realizada por los franciscanos, desde los conventos de Tlaxcala, Huexotzingo y el de San Andrés de Cholula, prendió en el valle que hasta hoy se caracteriza por su extrema religiosidad.

Este hecho es el que explica el porqué ahí y en las estribaciones de las montañas que lo configuran, vivieron durante los siglos XVI y XVII diversos eremitas, cuya vida ascética es narrada por don Diego Antonio Bermúdez de Castro, en su *Teatro Angelopolitano*.

Nuestro barroco historiador señala que las sierras de Tlaxcala y otras vecinas fueron palenque glorioso de muchos penitentes ermitaños que, macerando sus cuerpos con cruentas mortificaciones, alcanzaron de Dios el premio a sus fatigas. Uno de los primeros que menciona fue el hermano Diego de los Santos Ligerero, quien abandonando su vida disoluta, ingresó al Carmelo poblano y se recogió en Tlaxcala en soledad. De ahí partió al Japón deteniéndose en Manila en donde formó una cofradía con la advocación de Jesús Crucificado. De Manila regresó a Tlaxcala y en la sierra hizo vida eremítica más de diez años hasta su muerte. Otro eremita notable fue el hermano fray Matías Hernández Granizo quien, siguiendo los pasos de su amigo fray Sebastián de Aparicio, construyó una ermita consagrada a la Virgen en donde vivió con otros religiosos franciscanos.

Un tercer caso es el del Venerable Siervo de Dios, Juan Bautista de Jesús, natural de la Villa de Palustrán en el arzobispado de Toledo en donde nació en 1599. Llegado a Nueva España en 1621 tras accidentado viaje, hizo promesa de vida retirada, alejándose a la Sierra de Tablón llevando consigo unas Horas de la Virgen y las obras de Ludovico Blosio. Después de un tiempo fue a Puebla a estudiar con los jesuitas, retirándose después a vivir al cerro de San Juan, en continua oración. Acercábase de cuando en cuando a Puebla a oír misa y a recibir los sacramentos. Varios años pasó en ese retiro en el cual enfermó habiendo sido recogido en la Iglesia de la Concordia en la cual vivió piadosamente. Posteriormente regresó a la Sierra de Tlaxcala a un pequeño eremitorio en donde oraba por la salvación de las ciudades de Puebla y Tlaxcala. En ese retiro le alcanzó la muerte, después de una vida de penitencias y oración.

Otros casos más de eremitas retirados en grutas, ermitas y pequeñas capillas del valle de Puebla, se recogen en los viejos cronicones y en las piadosas vidas que escribieron curiosos hagiógrafos de estos seres llenos de virtudes que, ensimismados en la soledad, oraban por su prójimo cuya salvación tanto les inquietaba.

En la provincia michoacana evangelizada por los agustinos, la presencia de estos seres espirituales fue marcada. Una preciosa crónica que es modelo de la hagiografía novohispana, la *Americana Tebaida*, relata con fruición las vidas y virtudes de numerosos ermitaños que bajo los cánones agustinianos llevaron una existencia dedicada a la meditación y la oración.

6. *La Provincia Insulana*

Otro caso colectivo es el relativo a la Provincia Insulana, maravilloso intento de una reforma más estricta de la Observancia franciscana en México. Si los frailes menores, desde su llegada en 1524, y aun antes con los tres flamencos, consagraron todas sus energías, su vida entera, a la protección de los indios, a su conversión y a su civilización de acuerdo con las normas de la cultura europea, no descuidaron ni un momento su propia vida interior. Privaciones y estrecheces fueron continuas en ellos y la oración, la predicación y la impartición de los sacramentos los ejercieron devota y eficazmente. Ninguna vida puede compararse a la suya en el cumplimiento de su misión apostólica, y por si eso no fuera suficiente, su intenso amor a Dios y al prójimo les hacía sentir que no cumplían debidamente sus ideales de perfección.

Los primeros franciscanos habían salido de centros reformados, como Zumárraga y Olmos, otros de la Provincia de San Gabriel de estricta observancia, y los principios ahí establecidos los cumplían puntualmente. Sin embargo, ante el embate que los conquistadores y la mala administración dirigían a su obra salvadora y el reto que representaba realizar su inmensa tarea, el deseo de perfección se agudizó en ellos, sintieron que sólo podrían proseguir su labor practicando una vida más rigurosa, más observante, consagrándose más a la oración y al desprendimiento de las cosas terrenas. Con esta finalidad solicitaron del Ministro General de la

Orden, Fr. Andrés de la Insula, autorización para crear una provincia recoleta o reformada en Nueva España, en la cual llevarían una vida más perfecta a la que aspiraban. Habiéndoles el General otorgado el permiso correspondiente, congregáronse en ella encabezados por Fray Alonso de Escalona, notable lingüista y educador, ocho sacerdotes y cuatro legos, todos varones apostólicos y muy escogidos y perfectos. Entre ellos figuraban Fr. Diego de la Peña, compañero de Fr. Luis de Fuensalida, buen conocedor de la lengua, definidor y guardián del convento de México y luego del de Tetepulco, cargo al que renunció para fundar la Provincia Insulana. Otro de sus seguidores fue Fray Juan de Ribas, uno de los Doce y quien también renunció a la guardiánía de Cuernavaca para sumarse a la nueva Provincia. Estos benditos religiosos dirigidos por Fray Alonso de Escalona partieron — escribe Mendieta— «un día hacia lo interior del desierto buscando la soledad,... y anduvieron por diversas partes tomando el tiento a la tierra por ver donde podrían mejor hacer su asiento» y «no le hallando a gusto, se volvieron a esta provincia del Santo Evangelio, de donde habían salido». Y comenta el cronista: «Más porque esta división fuera en aquel tiempo de mucho daño y dispendio de la Provincia del Santo Evangelio, así en perder aquellas tan buenas piezas, como otras que después lo siguieran, no permitió Nuestro Señor que hallasen *ubi requiescerent pedes eorum*, sino que en todas partes hallaban tantos inconvenientes y dificultades, que de común consentimiento hubieron de dar la vuelta, como paloma a la Arca de Noé, y sujetarse (como se sujetaron) de nuevo a la provincia».

Este ejemplo ratifica la idea de que América, y en concreto Nueva España, siempre ha sido tierra de utopías, las más nobles y puras, las que mueven a los hombres a sacrificar sus intereses, egoísmos, comodidad y aun su propia condición humana, para aspirar a una renovación total de su espíritu, a un acercamiento más intenso a Dios, a un servicio y amor al prójimo más intenso. Aspiración a la perfección ha sido, en la historia de México, un anhelo que no por incumplido es menos valioso. El Nuevo Mundo era el sitio escogido para cristalizar esos anhelos y a ello se entregaron muchos seres escogidos como los aquí mencionados.

7. *Los indios eremitas*

Y finalmente mencionaremos otra gran experiencia realizada en esos años, esta vez no por religiosos españoles surgidos de un ambiente de religiosidad extraordinario, de un medio propicio al desenvolvimiento espiritual, a la perfección religiosa, a la experiencia mística, sino brotado entre los indios, en medio de un pueblo recién convertido, llegado apenas a la luz evangélica. Se trata de la notable experiencia efectuada por un grupo de indios en las abruptas montañas del volcán de Orizaba en un sitio que ellos denominaron Chocomán, que quiere decir lugar de lloro y penitencia.

Cuentan viejas crónicas que la conversión de los indios fue tan auténtica como efectiva, que muchos de ellos, al contacto de la semilla evangélica, la hicieron fructificar, se entregaron gozosos y sinceramente a ella y que su espíritu vibró con la misma intensidad con que había brillado entre los habitantes de la Umbría y de Castilla, despertando entre ellos auténtica fe, amor intenso a Dios y anhelo de perfección material y espiritual semejante. Si Fray Julián Garcés comprendió la nacional naturaleza de los indios y solicitó y obtuvo del Pontífice Paulo III declaración plena de ella, los religiosos franciscanos también advirtieron y admitieron que los naturales, al igual que todos los hombres de distintas latitudes, eran aptos para adquirir la fe y practicarla, para cultivar las virtudes en grado heroico y para dar muestras de elevada religiosidad, de prístina espiritualidad.

En el valle de Puebla, que fue, como dijimos, asiento de viejas y notables culturas, surgieron bien pronto los conventos de Cholula, Tepeaca, Tecamachalco y Guatinchán destinados a atender vasta población rica en manifestaciones de cultura material y espiritual. En Cholula, centro de antiguas religiones, los religiosos trabajaron con enorme éxito para convertir su numerosa grey, habiendo logrado resultados positivos y duraderos. En torno del convento de Cholula vivía un indio llamado Baltasar, al cual, como escribe Mendieta que fue testigo ocular, «comunicó nuestro Dios tan buen espíritu, que no se contentó con procurar de salvar su sola ánima, sino que anduvo allegando por los pueblos circunvecinos, Tepeaca, Tecamachalco, Tecali y Guatinchán, los indios que

pudo atraer a su opinión y devoción, y habiendo buscado en todas las sierras que caen detrás del volcán y sierra Nevada de Tecamachalco, lugar cómodo y aparejado para lo que pretendía, que era tener quietud para darse a Dios en recogimiento y vida solitaria, sin ruido, los llevó a los que tenía persuadidos y lo quisieron seguir con sus mujeres e hijos, a su asiento cual deseaba, entre dos ríos que salen de la misma Sierra Nevada, el uno grande y el otro pequeño. El grande lleva a una espantable barraca, que para bajar a ella desde el sitio que Baltasar escogió, no puede hacerse sino por escaleras de madera. En este lugar hizo una población de hartos vecinos, a la cual puso por nombre Chocomán... y púsolos en muy buenas costumbres, haciendo de común consentimiento ciertas ordenanzas y leyes de cómo habían de vivir y lo que habían de rezar; y finalmente el modo de cómo en todas las cosas se habían de haber... Dieron estos indios grande olor de buena fama por donde los llamaron beatos, y fue mucho su recogimiento y mortificación, tanto que las mujeres por ninguna vía ni causa miraban a la cara a algún hombre.»

Fray Juan de Ribas, uno de los promotores de la Provincia Insulana y uno de los Doce, «fue muy aficionado a estos indios y los iba a consolar y esforzar muchas veces, y con su calor se alentaron y sustentaron en el rigor de penitencia y santas costumbres que habían comenzado». Y comenta el religioso que, aunque ellos pidieron en varios capítulos «algún religioso o un par de ellos que los tuviese debajo de su amparo y doctrina, porque con la mudanza del tiempo no desmayasen, no hubo efecto su petición, porque en aquella sazón había otros pueblos grandes que anhelaban por lo mismo y no lo alcanzaban». La carencia de religiosos impidió se mantuvieran asistidos de continuo. Posteriormente al disponerse la congregación de los indios, al padre clérigo que correspondió esa zona, les obligó a salir de ese lugar por lo que tuvieron que vivir en los pueblos que se les señalaron. De esta suerte, una congregación formada por un ideal religioso vio trunca su existencia, y la posibilidad de llevar una vida diferente.

Este esfuerzo, que Fray Jerónimo de Mendieta califica como extraordinario, revela la capacidad espiritual de los naturales, su aceptación de una forma de vida que ellos veían como medio excepcional de perfección, como posibilidad de trascender su existencia.

Narra el mismo prelado otros hechos reveladores de la capacidad espiritual de los indios, de su alta religiosidad, de la práctica excepcional de las virtudes, de su aceptación de normas de vida cristiana. Así menciona que entre los franciscanos se acostumbraba admitir a indios como donados, como frailes legos, los cuales vivían en los conventos cubiertos con una túnica parda y ceñidos con un cordón, y si pasaban la prueba perseveraban en el monasterio y si no, se volvían al siglo. Señala que muchos de ellos daban pruebas seguras de virtud y que por tanto debería permitírseles hacer esa forma de vida y no negárseles. Indica que le parecía terrible inhumanidad, de la que Dios pediría estrecha cuenta, «querer privar a toda una nación y gente innumerable, de todo recurso y ayuda para poder vivir religiosa y espiritualmente», y señala que era terrible que los indios estuviesen impedidos de profesar en alguna de las religiones existentes, y que ni siquiera les admitiesen aun como legos. Manifiesta su inconformidad con la negativa surgida entre las Órdenes para seguirlos admitiendo aun cuando fuese como donados, y exclama indignado: «¿No les ha de quedar siquiera este pequeño recurso a los que Dios llamare para recoger, que anden con una tunicilla como familiares de la Orden sirviendo a los frailes? Mayormente siendo tan sin perjuicio de la religión». Señala que al principio, los fundadores admitían a los indios en los conventos y que de ellos salieron algunos tan bien dotados como dos de la Provincia de Michoacán, Sebastián y Lucas, tan dignos de memoria como algunos frailes que en nuestra reputación son tenidos por santos; porque ellos fueron ejemplarísimos en su vida, penitentes, devotos, grandes predicadores en su lengua tarasca y en la mexicana, y así como ellos, otros muchos bien conocidos, y agrega: «que si todos los frailes fuésemos tan celosos de las cosas de la religión, y tan observantes de lo que prometimos, resplandecería la Orden de San Francisco en el mundo más que el sol.»

Así de esta suerte, los primeros misioneros se maravillaban de la gran disposición que los naturales tenían para ocuparse de los asuntos divinos y para llevar una vida semejante a la de los primeros cristianos.

Desgraciadamente la política religiosa seguida en Nueva España tuvo que plegarse a razones discriminatorias apoyadas en una

errónea concepción de la capacidad de los indios, en un celo de paisanaje mal entendido, en una desconfianza en la comunión universal de sus almas. La Iglesia americana sufrió con ello graves males, los cuales se revelaron en el momento de la emancipación, cuando las iglesias nacionales no contaron con un cuerpo bien formado de eclesiásticos y tuvieron que padecer graves carencias.

Estas son unas cuantas muestras de espiritualidad espigadas en las obras que nos narran el apostolado novo-hispano.

E. de la Torre Villar
Academia de la Lengua
México, D.F. México

